



Foto Beatriz Neffen

*Escribir con los
ojos.
Pintar con los
oídos.
Moldear
sentimientos.
Contar una
historia.
Vivir el arte.*

Arte con Historia

En este trabajo hemos querido aunar obras plásticas y relatos que surgieron desde los sentimientos o recuerdos que cada cuadro generaba en el escritor.

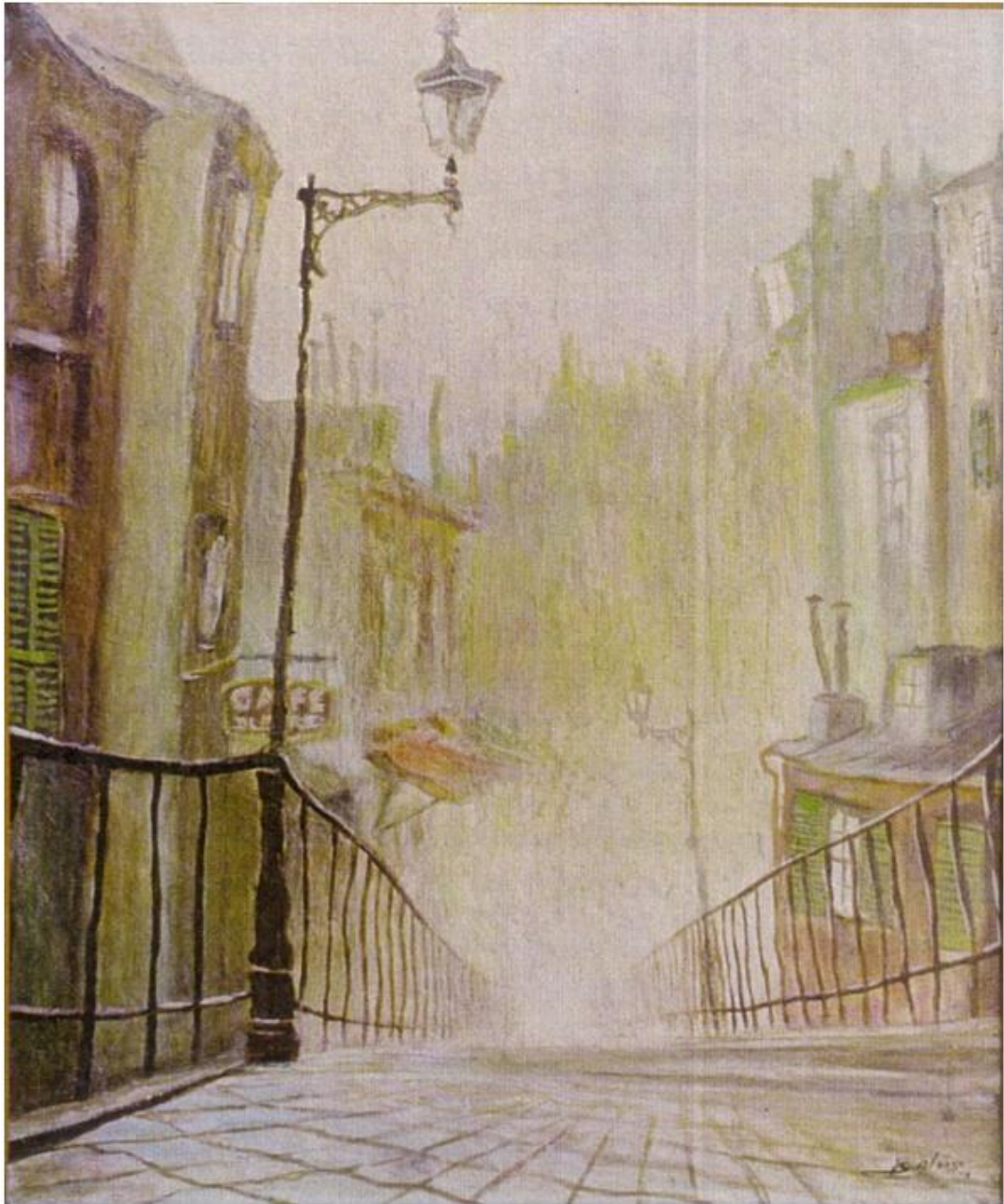
Una buena forma de vivir la experiencia es disfrutar las obras por separado. Meternos en el cuadro y generar nuestro propio relato o mientras leemos producir nuestra película.

Veréis que siempre hay una nueva versión, ni mejor ni peor, simplemente vuestra. Esperamos que disfrutéis de este libro tanto, como nosotros al elaborarlo.

Equipo de producción.

Alicante 30 de Marzo 2015

Misteriosa Montmartre.



La llamó Ingrid. No la llamó Mónica, ni Graciela, ni Mirta. Ingrid. Aquellos nombres le recuerdan a la vecina de enfrente o a la muchacha que atiende la panadería en la otra calle o quizá a la mujer que lo espera en la cama cada noche. En cambio a Ingrid solo la vio una vez y la pintó cien. Fue hace más de cincuenta o sesenta años, sin embargo recuerda cada detalle de su rostro. Su fino cuello alargado, sus ojos apenas grises, sus manos blancas y muy especialmente sus pequeñas orejas. Todo ello lo vislumbra con exactitud pese al paso del tiempo. Y en el recuerdo, siente que el tiempo ya no es su enemigo sino su aliado. Que aunque pasaran cien años y él ya no estuviera en este mundo por lógicas razones, Ingrid aún andaría por ahí revoloteando, apoyando apenas sus pies en esta tierra, como un colibrí azaroso. Volvía camino de Montmartre como cada tarde en aquellos días de soledad y hastío. Llevaba sus acuarelas algo mustias, sus lienzos immaculados como un manto virginal, sus pinceles chuzos como pequeños espinillos resecaos y sus bosquejos a medio hacer. Llevaba también su joven aburrimiento, su sequedad creativa, sus dudas. La noche anterior había soñado con un azul índigo casi perfecto, propio de un cielo de Cezanne. Sin embargo no había logrado más que dos o tres pinceladas verduscas o amarillentas como tajos en la tela, pero nada de aquel índigo soñado. Ni un fugaz trazo de aquel color armonioso y celestial. El día señalado, de regreso a la pensión que compartía con otros inocuos e improvisados artistas, se detuvo en aquel puente a acomodar su pensamientos. Le gustaba ese lugar. Un solitario farolito se erguía presuntuoso pese a que la luz que enarbolaba era tan vacilante como una luciérnaga. Cerró los ojos y se sintió tan solo como el farol. Súbitamente un cosquilleo le corrió por la espalda. Un pintor no era pintor por pintar en Montmartre. ¡Qué descubrimiento! ¿Qué hacía allí entonces? Se sintió mareado, quizá por sus cavilaciones existenciales, quizá simplemente porque no había comido nada desde la mañana. La niebla parisina lo envolvió como una bocanada de aire gris, pesado. Las acuarelas se le deslizaron de sus manos y cayeron tintineantes sobre el adoquinado. La luz del farol pestañeó. Y en el instante del guiño lumínico, de entre la bruma sobre la callecita camino a Montmartre, se recortó su figura como un relámpago en medio de la borrasca. Como una fugaz estrella en noche cerrada. Como una pincelada gloriosa. Esa, la del color índigo soñado. El pintor boqueó como un pececito al que sorpresivamente sacan del agua. Tragó saliva y en los segundos, minutos, horas que duró su aparición, solo la miró. La miró y la miró. Era Ingrid.

Llevaba un vestido de estampados vivaces y de su mano izquierda colgaba un ramo de magnolias tomadas por un lazo color azul índigo, el azul más precioso jamás pintado. Las flores golpeteaban sobre sus muslos firmes y dorados como un sol. Sus rodillas perfectas como las de una escultura de Roden, aparecían y desaparecían debajo de la ondulante falda que se deslizaba hacia arriba y hacia abajo al ritmo de su andar gatuno. No le habló, mucho menos la siguió. Sólo se impregnó de su presencia para siempre.

¿Aquella muchacha era una fantasía o un color?

Ahora, a sus ochenta y tantos años, el pintor posa el pincel en su paleta, sobre el logrado azul índigo. Lo remueve impregnándolo completamente. No quiere que se pierda ni una gota del color. Luego va a la tela y traza una línea como una estela celestial. Y otra y otra. No es frenético. No. Es gozoso como un acorde de Bach. Es como si cada pincelada fuera Ingrid. Se adormece el pintor, y en su duermevela la ve asomarse en la ventana de su atelier, deambulando entre sus cuadros, posando desnuda entre sus sábanas, dibujada en sus lienzos, la ve desaparecer en la penumbrosa Montmartre. La ve en ninguna parte. Por un instante está otra vez parado allí en el puente, bajo el farol. Se siente joven y hermoso, aunque sus pensamientos ya estén algo gastados. ¿Con qué ha soñado realmente todos estos años? ¿Con aquel azul índigo imposible de plasmar en una tela, o con aquella muchacha mitad verdad, mitad ilusión?

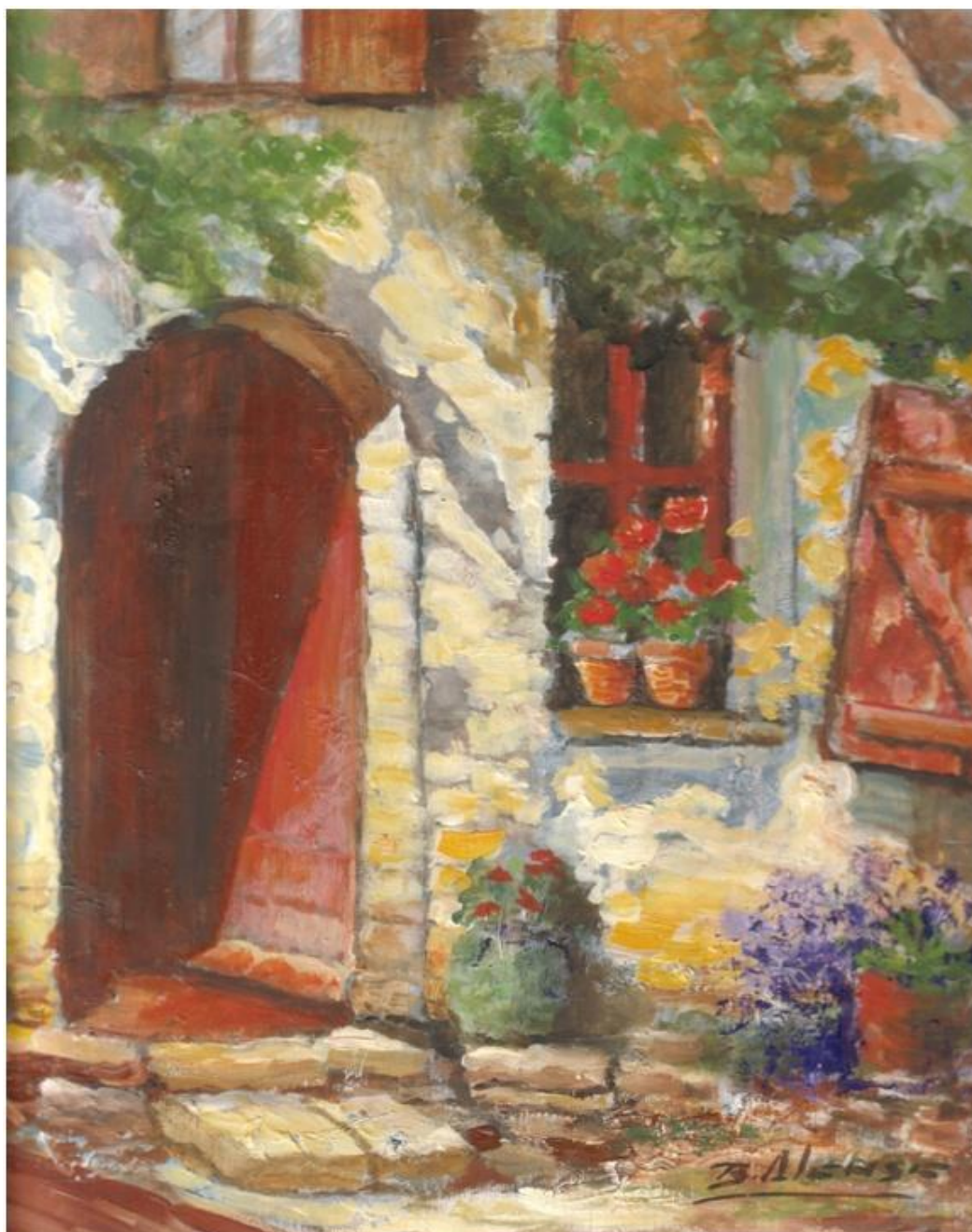
En la puja contra el tiempo, en el recuerdo de lo imaginado, cree encontrar alguna verdad. Más por viejo que por sabio. Y se pregunta: ¿Para quién pinta un pintor? ¿Para sus ojos, o para los ojos de su amada? Y la respuesta aparece contundente y ligera a la vez, como un trazo en el lienzo. Pinta para Ingrid, para aquella Ingrid que todo pintor dibuja en sus fantasías, en sus sueños, en sus realidades.

Buenos Aires, 07 de marzo de 2015.

Sandra Ester Franzen.

© Todos los derechos reservados

La puerta del torreón



La puerta entreabierta, los cristales de la ventana imprecisos por el paso del tiempo, dejando entrever contornos borrosos, alimento para una imaginación desbordante

Cuantas historias vienen a mi mente.

Recuerdos...

Una tarde de verano como tantas otras en las que visitábamos la casa de mi abuela. Para una niña de 9 años un palacio, una fortaleza infranqueable colmada de puertas cerradas que invitaban a traspasarse.

“No, al despacho del abuelo no entres, no abras la puerta de la despensa que entran el gato, las habitaciones solo para dormir, y así un sinfín de normas y reglas.

Solo podíamos jugar en la cocina o el porche trasero.

Dos sitios que parecían muy seguros, sin embargo, este último tenía la mayor tentación imaginable. Desde allí se contemplaba el torreón de la casa y su puerta, siempre cerrada, sus dos ventanas con los postigos abiertos, dejando entrever la inagotable aventura que vivían princesas y duendes atrapados en aquella habitación de 4 x 4 metros y dos plantas que culminaban en una terraza con un borde escalonado tal que fuese la torre de mi castillo, y digo mi castillo porque solo los ojos de una niña podían transformar aquel deposito de trastos viejos en la residencia permanente de una princesa a la espera de su príncipe azul.

Creo que no había mayor aventura que sentarme a inventar historias frente a aquella puerta.

En una ocasión mis padres y la abuela se quedaron hablando en el jardín, hecho que aproveche para ir a jugar.

Cruce la casa con la velocidad de un rayo, una inexplicable sensación me empujaba hacia el porche trasero, como siempre iba en busca de mis juguetes, cuando advertí que mi sueño se hacía realidad.

“¡La puerta del torreón estaba abierta!”.

Sin pensar ni un segundo entre y deje que mi mente infantil volara por aquella escalera de caracol y navegara entre los baúles repletos de vestidos tan antiguos como la historia misma, sillones que emulaban tronos, alfombras y cojines que serían la cama ideal para una princesa como yo y por supuesto el infaltable maniquí que mi abuela usaba para coser y que desde ese momento sería el acompañante ideal para una y mil aventuras.

La emoción era tan grande que no escuche los gritos desesperados de mi madre que me había perdido de vista.

Lo siguiente que recuerdo es la voz de mi padre.

—hija que haces aquí, tu madre está desesperada, no te encontrábamos en ningún sitio.

No recuerdo mucho mas, supongo que habré recibido una soberana reprimenda, pero nada empañaría aquellos mágicos momentos

Fragmento: (La magia de los recuerdos)

Liliana Del Rosso

© Todos los derechos reservados

La cañada.



La Cañada, Córdoba, Republica Argentina. *Balbino Alonso Furni*

Crónicas de un caprichoso río

Corría el siglo XVI, cuando a orillas de un caprichoso río, surgió un próspero pueblo. Su primer trazado, mil metros de largo por setecientos de ancho, albergaba el embrión de "Córdoba la docta".

Una amena y fértil llanura, alimentada por un serpenteante riachuelo, en ocasiones apacible y refrescante, pero que en otros se transformaba en un devastador torrente que no conocía de límites: imparable y destructor.

En 1639, aquel hilo de agua, solo enturbiado por líquidos jabonosos de los lavaderos de las casas cercanas, transformó su mansedumbre en una fiera incontenible. Su huella se vio invadida por las aguas procedentes de las lluvias torrenciales de las sierras chicas, no muy distantes del valle.

Un aluvión de barro y aguas, cubrió la comarca, sin discriminar color, destruyendo la floreciente ciudad.

Solo tres décadas más tarde, y algunas tragedias más, las autoridades se decidieron a intentar domesticar la bravura inconstante de este engañoso río.

La construcción del Calicanto, fue un primer intento de corregir el descontrolado rumbo de las aguas. Con la canalización y contención se intentaba prevenir futuros ataques de furia. Una obra maestra por la funcionalidad de la misma, más allá de su belleza estética, fue construida con cantos rodados y cal. En 1671 la ciudad de Córdoba, Argentina daba a luz una obra de arte de ingeniería que serviría para mantener la ciudad a buen resguardo del temperamental arroyo.

Pero con un inexplicable arrebatado de rabia, como un adolescente ansioso de libertad, la noche del 19 de diciembre de 1890, otra vez el río volvía a hacerse notar. El contenido del cauce se hinchó hasta desbordarse. Un torrente viscoso invadía todo a su paso, arrastrando a un mar de fango, a unas doscientas personas.

Los adormilados habitantes fueron sorprendidos, en sus casas, ajenos a tan inexplicable afán de destrucción. Solo «Un ruido sordo como de carros que pasaban sobre el empedrado a la distancia, puso en alerta a una parte de la población». Palabras de Efraín Urbano Bischoff.

El agua de las copiosas lluvias reunidas en la Lagunilla, origen del río, rompió el dique de contención arrastrando el limo hacia el arroyo que se precipitó en torrente hacia la ciudad. "El agua llegó a un metro en la plaza Central.

Al amanecer del día siguiente, la ciudad sumida en el desastre producido por el aluvión, contemplaba los restos del Calicanto, por el que discurría un apacible torrente de agua. El reguero de todos los días solo que manchado de barro y ajeno a los destrozos de su cólera nocturna.

Se sucedieron más incursiones aterradoras, pero ninguna tan devastadora.

El 4 de julio de 1944, se colocó la piedra basal de la obra de canalización que reemplazó al antiguo Calicanto. La Cañada, casi 3 kilómetros de murallón de piedras que atraviesa a la ciudad y logra contener las aguas en su momento de crecida.

Bellísima obra de arquitectura que se convirtió en un ícono de la cultura. Hoy atravesada por puentes de piedra de aire romántico y flanqueada por árboles de pita que la cobijan bajo su sombra. La Cañada es para Córdoba un espacio mítico.

Como a todo lugar emblemático no le podía faltar un toque de misterio, una pincelada sobrenatural. A fines del siglo XIX surge una historia que fue cobrando fuerza hasta convertirse en una leyenda.

Un espectro que vagaba por los límites del encauzamiento; una mujer balbuceante, vestida con harapos blancos teñidos por el tiempo y los lodos del lecho de la Cañada.

En ocasiones asustaba a los transeúntes nocturnos, pero en otras les perseguía envuelta en gimoteos hasta que abandonaban sus dominios. Quizás era una persona con problemas mentales. O realmente un fantasma que como alma en pena trataba de contarle lo que había sucedido.

Lo cierto, es que hoy, los viejos lugareños, todavía cuentan sus historias.

Un popular verso sobre esta historia

... Parece, Pelada
que sola anduviste,
junto a La Cañada
como un alma triste
¡Clamando oraciones!
¡Velas y novenas!
viejas devociones
para "almas en pena"
ya casi olvidadas
que al fin conseguiste
y, entonces "Pelada"
por eso te fuiste

Fragmento de "Ancua" (1949) de Azor Grimaut

<<La Cañada de Córdoba es uno de los lugares más concurridos y vistosos de la ciudad. No se refiere a un río sino al encauzamiento del arroyo (tres km) que cruza de suroeste a norte la ciudad y que se forma con las aguas de La Lagunilla proceden de las lluvias en la Sierra Chica. Con una longitud de veintiocho km que desembocan en la margen derecha del Río Sequía>>.

Fragmentos "Libro callejero del pueblo nuevo"

Liliana Del Rosso

© Todos los derechos reservados